

tarda en ofrecer al mundo señales ciertas de su existencia.

La España, tal como ha llegado sin interrupción á nuestros días, brotó de las ruinas á que la redujeron los árabes, creciendo de día en día entre el choque de las armas, único ejercicio que absorbía las atenciones de aquella época de suyo guerrera. Reducida á sí sola en tan estrechos límites, sin poderse consagrar al estudio en aquellos tiempos de perpetuos choques, no podía dejar de resentirse de un acontecimiento que la colocara en tal postración. Mas cuando en premio á sus esfuerzos vieron los españoles que se dilataba el horizonte de sus pueblos, y que engreídos con sus continuos triunfos sobre los infieles respiraban con libertad las auras de la victoria, ya se despertó en aquel pueblo naciente el noble deseo de ilustrar su país y cultivar sus talentos. Pero se hallaban envueltos en las tinieblas que la ignorancia había difundido en aquellos siglos belicosos. Se encontraban sin norte que les guiara en el intrincado laberinto á que les había

reducido la carencia casi absoluta de elementos literarios, y lo que es mas, hasta del dialecto nacional, que había desaparecido ó daba á penas señales de vida.

La poesía española en estos tiempos á que nos referimos, si bien debió hallarse siempre ejerciendo su misión de consuelo sobre el hombre, como sentimiento del corazón, no se encuentra cultivada, ó al menos no se ha transmitido á nosotros vestigio alguno para que juzguemos sobre su estado en aquel periodo de la Monarquía naciente. Y no podía suceder de otro modo, cuando no se ambicionaba otra gloria que ceñir los laureles de Marte, ni se gozaba un momento de reposo en los hogares pátrios, porque desde el Monarca al indigente, todos probaban los azares de la guerra; y mal podría cuadrar este estado hostil de la nación del hijo de Fábila, con la cultura de la poesía, que cesige la quietud y el aplomo en el pueblo que la ejercita.

S. Rubio.

(Se continuará.)

En una hermosa tarde del pasado Mayo, en que la naturaleza se sonríe por los contornos de la romántica Granada, paseaba seguida de un lacayo por su magnífico Salon, una Señorita recién llegada de París, hermosa, elegante, y de talento; pero que adolecía de la fragilidad de querer á todo trance ostentar su erudición. Cansada de dar vueltas, sentose en un canapé donde estaba un antiguo empleado de palacio bastante chusco, con quien tuvo el diálogo que á continuación verán los lectores del Deseo.

Adelaida. (Imitaremos el acento francés por si es de mi cofradía.) Beso á V. su mano.

D. Martín. Dios guarde á V.

Adelaida. (Este hombre no habla, y yo deseo entablar conversacion. Quiero egercitar el don de la palabra. No quiero que los órganos de la espresion se me entorpezcan por falta de uso. Media hora que á mi lado está callando como un cartujo. Daré un profundo suspiro para afectar su sensibilidad y comprometerle á la iniciativa.) ¡Ay! (Ni por esas. Continua *in statu Quo*. Seguramente es algun novicio pitagórico. Toquemos un resorte que interese y estimule su curiosidad y su nacionalidad.) ¡Oh, cuan insensible eres, gravedad española! bien hizo de aborrecerte el Archiduque Felipe.

D. Martín. (¡Qué es esto, Sta. Bárbara! ¡Qué pájaro será este cuyo canto es tan singular y peregrino! Veamos si podemos brujulear su casta.) Señora, podré atreverme á preguntaros el motivo que produce vuestra queja contra nuestra gravedad proverbial?

Adelaida. (Por fin triunfé. Dile movimiento á su lengua.) Amigo mio, cualquiera que sea vuestra alcurnia, voy á franquearos mi historia para satisfacer, ora vuestra sola curiosidad, ora el interés que haya podido inspiraros, persuadido que lo haré complacidísima, porque vuestro exterior me informa ventajosamente con el imprescindible apoyo de vuestra indulgencia.

D. Martín. (¡Qué es esto, Sta. Bárbara! ¡Qué pájaro será este cuyo canto es tan singular y peregrino! Veamos si podemos brujulear su casta.) Señora, podré atreverme á preguntaros el motivo que produce vuestra queja contra nuestra gravedad proverbial?

Adelaida. (Por fin triunfé. Dile movimiento á su lengua.) Amigo mio, cualquiera que sea vuestra alcurnia, voy á franquearos mi historia para satisfacer, ora vuestra sola curiosidad, ora el interés que haya podido inspiraros, persuadido que lo haré complacidísima, porque vuestro exterior me informa ventajosamente con el imprescindible apoyo de vuestra indulgencia.